NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 1 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 2 23/2/23 14:09

Newton Compton Editores

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 3 23/2/23 14:09

Título original: *Il cacciatore di libri proibiti*

© 2017, Newton Compton editori s.r.l.
© 2023, de la traducción por Juan Carlos Postigo Ríos
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-10-1
Código IBIC: FA
DL: B 1.335-2023

Composición y diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en mayo de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Fabio Delizzos

El cazador de libros prohibidos

Traducción de Juan Carlos Postigo Ríos

Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 5 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 6 23/2/23 14:09

A la memoria del profesor Mario Sanna

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 7 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 8 23/2/23 14:09

ROMA
SÁBADO, 5 DE AGOSTO DE 1559

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 9 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 10 23/2/23 14:09

Capítulo 1

Algo horrible se avecinaba. Se sentía el frío en esa tórrida noche.

En los oscuros recovecos de la iglesia, el humo del incienso se deslizaba entre los pilares como una niebla brumosa sobre un pantano, acariciaba las estatuas de los santos con lascivia, empolvaba a la Virgen con malicia y casi podía oírse, en el profundo silencio, deslizarse sobre el crucifijo como una serpiente del infierno.

Un candelabro colocado en el centro del altar arrancó de la oscuridad los rostros de siete monjes ancianos; rostros severos, marcados por el tiempo, surgieron como si de un mar desconocido se tratara y a veces eran tragados por él.

Y entonces llegó.

Descalzo, con calzones hasta la pantorrilla y una túnica larga de lino negro muy claro, Angelo se detuvo al principio de la nave central y abrió los brazos de par en par, como si quisiera aspirar por la garganta el mundo entero.

Lo acompañaban dos hombres, también vestidos de lino negro lustroso. Pero caminaban humildemente, con las manos juntas en el regazo y la cabeza inclinada.

Los largos cabellos de los tres danzaban graciosamente frente a sus labios, alborotados por las palabras antiguas y solemnes, y el humo del incienso se arremolinaba en torno a sus figuras cuando comenzaron a caminar entre las velas encendidas.

En mitad de la nave los dos compañeros se arrodillaron y dijeron: «Aquí estamos».

Entonces uno de los monjes se acercó a ellos y les cortó el pelo, primero con tijeras, luego con una navaja, y finalmente observó cuidadosamente la parte superior de sus cabezas, iluminándolas con una vela. Al final del examen anunció: «Son los mensajeros», y le dio permiso a Angelo para que continuara hacia el altar.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 11 23/2/23 14:09

Angelo, como siempre le había llamado el venerado padre que le había criado, con un rostro que nunca había manifestado una expresión de alegría, una boca que nunca se había curvado en una sonrisa y unos grandes ojos ribeteados de rojo, caminaba erguido, orgulloso, con un único movimiento armonioso y una ligereza que parecía ocultar un misterio, como si por algún extraordinario decreto divino su robusto cuerpo no estuviera sujeto a las leyes normales de la naturaleza.

Los religiosos que lo habían convocado y lo esperaban con ansiedad extrema eran siete, uno por cada arcángel. Tenían rostros sombríos, ahora aún más oscuros por su avidez de luz. Sus ojos transmitían mensajes de angustia.

El mayor de los siete tenía un rostro huesudo, encerrado entre nubes de barba blanca. Le temblaban las manos mientras las extendía hacia Angelo diciendo: «La hermandad le da la bienvenida».

Él inclinó la cabeza y dijo solamente: «Aquí estoy».

El monje de mayor edad dio un suspiro de dolor y se dirigió a los demás:

–Hermanos –dijo–, estoy a punto de revelaros la razón por la que os he reunido ante nuestro Señor. –Señaló la cruz–. Desgraciadamente ha sucedido. Han resurgido del olvido secretos prohibidos para casi todos los hombres. El *Códice de los Milagros* ya no está en manos de la Iglesia y nuestros hermanos custodios no han podido recuperarlo.

Los monjes se miraron escandalizados, con los ojos muy abiertos y llevándose las manos a la boca.

–¿Cómo es posible?

–¿Cuándo ha ocurrido?

–¿Dónde?

El primer custodio extrajo un pañuelo de debajo de la túnica y se secó las comisuras de los ojos.

Se quedó en silencio.

Durante un largo silencio, se volvió varias veces hacia la imagen de la Virgen para pedirle ayuda.

Los otros seis miembros de la asamblea empezaron a hablar entre dientes y luego a inquietarse cada vez más.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 12 23/2/23 14:09

Finalmente, tras unos minutos de ansiedad, uno de ellos encontró el valor para hablar y le instó a contarlo todo sin andarse con rodeos:

–¿En qué lugar del mundo ha aparecido?

Al custodio más anciano le costaba articular las palabras, pues tan grande era el esfuerzo por contener las lágrimas.

–Roma –dijo–. Aquí.

–¿Estás seguro? –preguntó otro, aumentando la agitación común.

–Bueno, yo... –El anciano miró la cruz y el rostro se le congeló en una expresión de dolor–. Estamos llamados a nuestro deber, por el juramento que nos une. Tenemos que encontrar el *Códice de los Milagros* a toda costa. –Volvió los ojos hacia Angelo–. Esa es la razón por la que está aquí.

Todos enmudecieron.

Angelo los observaba, inmóvil, sin prisa, la luz de sus ojos mirando insistentemente era la única señal aparente de vida en su cuerpo. No era paciencia la suya, sino ausencia total de intenciones, de deseos, de destinos. No estaba esperando: simplemente estaba allí.

El fruto de una vida consagrada al misterio, a las dificultades y al sacrificio sin fin. Angelo había crecido separado del mundo como un marinero en un mar perpetuamente proceloso, en el que nunca hay luz del día ni ningún faro encendido.

Cada latido de su corazón, hasta ese momento, había estado dedicado al cometido supremo que un día tendría que llevar a cabo.

Era su misión.

El viejo custodio levantó una lámina de oro en la que estaba estampado el símbolo de Cristo, el crismón. La mostró y la colocó en el altar.

–Aquí –dijo, dejándoles tiempo a los otros seis para agacharse a mirar más de cerca– están las instrucciones sobre qué hacer en caso de extremo peligro. –Hizo una pausa y añadió–: Un peligro como este. –Se dirigió al mensajero–: ¿Quieres acercarte, por favor?

Angelo dio la vuelta al altar, seguido por las caras de asombro de los otros monjes, y se detuvo frente a él.

Ninguno de ellos había visto antes a un mensajero de la muerte, uno de esos endemoniados creados para hacer el mal con el objetivo de hacer el bien.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 13 23/2/23 14:09

–Esto es para ti.

El primer custodio le entregó la placa de oro.

Angelo la cogió y se alejó. Volvió a la nave central. No se podía creer que hubiese ocurrido de verdad. Con el tiempo, muchas preguntas se habían disuelto, evaporadas en su alma árida como un desierto. Pero ahora las oscuras palabras que su venerable padre le había susurrado un momento antes de dar su último aliento se hicieron nítidas:

«Si lees en oro, sabrás quién eres realmente. Reza, hijo mío, reza por no llegar a saberlo nunca».

Se sentó en un rincón luminoso.

Dobló la placa. La enderezó y la dobló hasta que se rompió en el centro. Separó las dos mitades, descubriendo la fina lámina de plomo que contenía. Tiró el oro, como se hace con una cáscara sobrante. El oro cayó haciendo eco en el suelo de piedra.

Angelo, el mensajero, leyó incrédulo el texto impreso en la hoja de plomo, murmurando palabras vírgenes en el silencio.

Comenzaba así:

«Ángel de la Muerte, tu deber es servirme».

El texto continuaba con instrucciones para el mensajero despertado. Estaba escrito en una lengua que ningún pueblo de la tierra había utilizado desde hacía mucho tiempo, pero que a él le habían enseñado a escribir y a leer. El porqué era solo una de las muchas preguntas que había aprendido a no hacerse y a olvidar.

No dejó que le distrajeran los ruidos que procedían del altar: uno de los monjes ancianos estaba dando rienda suelta a la desesperación, otro lo estaba consolando, otro se había dejado llevar por la ira.

Leyó con atención hasta las últimas instrucciones:

«Suprime a los que saben, castiga a los que han visto, reprime a los que han oído, mutila a los que han tocado, extermina a los que han presenciado. Que tu paso sea una advertencia».

Con una mano de acero, Angelo arrugó el plomo y lo tiró al suelo junto al oro.

Luego, sin dilación, salió de la iglesia.

–Aquí estoy –dijo.

Y se preparó para matar.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 14 23/2/23 14:09

VIERNES, 18 DE AGOSTO

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 15 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 16 23/2/23 14:09

Capítulo 2

Piazza dei Miracoli, barrio de Campo Marzio

El cuarto.

Cuatro pobres hombres reducidos a condiciones lamentables, con heridas y desfiguraciones que solo un demonio podría haber causado.

Desde el primer cadáver, messer Giusto Leccacorvo, el orgulloso alguacil del gobernador de Roma, no había dejado de temer, y de creer, que seguramente habría más muertos asesinados de esa forma tan espantosa y obscena. Por eso, también aquella tarde había querido pasar por las inmediaciones de la Porta del Popolo y de la plaza homónima y había llegado hasta la escalinata de la ya infame iglesia de Santa Maria dei Miracoli, sobre la que un siervo de Satanás, o quizá el mismo diablo, había depositado ya tres víctimas en los días anteriores.

Y no habían sido unos asesinatos comunes y corrientes.

Tampoco aquel lo era.

Todo lo contrario.

Messer Leccacorvo se quitó el sombrero de la cabeza, se lo puso sobre el corazón y permaneció un rato observando el horror atusándose el largo bigote.

A su alrededor, otros esbirros, media docena de jóvenes gendarmes con apariencia de escoria de penal. Todos tenían la cara vuelta hacia la escalinata de la iglesia y observaban al muerto con la boca abierta y en silencio.

El alguacil se acercó indicándoles a sus hombres que esperaran.

«No hacía falta ninguna señal», pensó.

La ronda de guardia nocturna dirigida por el jefe de la guardia en persona era el anillo más preciado de los dedos de la Justi-

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 17 23/2/23 14:09

cia de Roma y aquella noche tenía una nueva piedra macabra, otro brillante de sangre.

La crueldad del monstruo resultó ser infinitamente mayor de lo que cualquier ser humano corriente, si bien no temeroso de Dios, pudiera siquiera imaginar.

El cadáver, un varón de edad madura, había quedado en decúbito supino frente al portal de la iglesia, tumbado perpendicularmente a los escalones de mármol. Solo le habían dejado puestos los calzones y un cinturón de cuero que le apretaba el pecho desnudo, dejándole surcos en la piel amoratada.

Quien lo había matado y llevado allí también le había dejado una hoja de papel clavada en el esternón, como se hacía a veces en los portales de las iglesias.

Una locura.

Atrocidades dignas de un monstruo.

La antorcha crepitante iluminó el rostro del cadáver. Era desconocido para Leccacorvo y, en cualquier caso, no era fácilmente reconocible, ya que el hombre tenía los párpados cortados y los dos ojos arrancados.

El alguacil se inclinó hacia delante en una súbita arcada, apenas tuvo tiempo de apartarse un poco cuando el estómago se le contrajo y un chorro de materia ácida le salió por la boca.

Los esbirros detrás de él se rieron ahogadamente dándose codazos.

Era la cuarta vez que le pasaba.

Giusto Leccacorvo se puso recto y los fulminó a todos con la mirada diciéndoles sin alzar la voz:

–¡Guardad silencio! –Se limpió la boca con la manga de la camisa y escupió al suelo–. Dos de vosotros.

–A sus órdenes, señor.

–Id a buscar el carro, volved aquí, cargad a este desgraciado y llevadlo a la casa de Via della Croce.

Dos de ellos obedecieron y desaparecieron en la noche haciendo sonar las hojas rectas y finas de las espadas que les colgaban en la cadera.

Leccacorvo respiró profundamente, se tocó el estómago y luego se armó de valor y arrancó el papel enrollado del pecho del muerto.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 18 23/2/23 14:09

Estaba escrito.

A mano.

Un objeto impenetrable para quien, como él, apenas sabía leer y solo ciertos tipos de escritura.

Con esto no habría pasado nada malo. Sin embargo, el primer esbirro de Roma había mentido una vez, afirmando que no sabía escribir, pero que podía leer con bastante habilidad; y las mentiras, ya se sabe, deben repetirse si uno no quiere que lo pillen y ser humillado.

Esto era algo que un alguacil nombrado por el papa en persona no podía permitirse.

Al menos no Giusto Leccacorvo.

Por eso, desde hacía algún tiempo, se esforzaba en aplicarse con agotadores ejercicios de lectura para compensarlo. Sin embargo, para alguien como él, de edad avanzada, distraído por las constantes tareas de un trabajo difícil que le robaba el cuerpo y el alma, no era en absoluto fácil hacer funcionar su cerebro. Y, por lo tanto, los resultados tardaban en llegar y sus pocos logros seguían siendo insatisfactorios.

Vergonzosamente insatisfactorios.

–¿Qué hay escrito? –le preguntó uno de los hombres, dando voz probablemente a la curiosidad de los demás.

«¿O a la malvada burla? ¿Ellos lo habían entendido?».

–Dice que no son cosas que os conciernan –le respondió Leccacorvo.

–Pero nosotros somos los guardianes del orden público –contestó otro.

–Si tanto os interesa, venid a leerlo vosotros. Y hacedlo en voz alta, si sois capaces.

–Nosotros no sabemos leer, jefe.

–Entonces peor para vosotros.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 19 23/2/23 14:09

Capítulo 3

Apartamento papal, Vaticano

El cardenal camarlengo se acercó a la cabecera, se inclinó sobre el hombre que tanto había odiado y, por primera vez, lo llamó por su nombre de bautismo: «Johannes Petrus Carafa».

No hubo reacción.

Guido Ascanio Sforza di Santa Fiora esperó unos instantes y volvió a intentarlo. Su voz vibraba en el aire quieto de aquella noche bochornosa, acosada por el zumbido de los mosquitos. Pero el hombre de la cama, viejo, con las mejillas hundidas, una larga barba gris y manos de piel fina unidas en su regazo, no abrió los ojos ni movió los labios.

La visión de aquel cuerpo rígido e impasible generaba excitación a su alrededor. Las numerosas sombras de los prelados, proyectadas por la miríada de velas encendidas, se estremecían.

El cardenal Alfonso Carafa, conocido como Nápoles por su título, su rostro angelical y su barba castaña de tres centímetros de larga, se acercó lentamente al cuerpo de su tío abuelo, llevando en las manos un cojín de terciopelo negro. En él se hundía la base de un pequeño cofre de madera tachonado con oro. «Que Dios se apiade de ti, tío», susurró con la cabeza gacha, en un gesto de solemnidad contrita.

Pero fue uno de los pocos, quizás el único de los presentes, que se sintió desconsolado. El cardenal de Nápoles aún no había cumplido los veinte años y, a diferencia de sus tíos y de su recientemente fallecido tío abuelo, siempre había sido noble y de buen corazón. De niño, rezaba por todos, incluso por los pájaros que se habían caído del nido en primavera y le daban pena. Y ahora era exactamente así como se sentía, como una de esas pobres

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 20 23/2/23 14:09

criaturitas que se van volando antes de haber desarrollado las alas: solo, abandonado, perdido. Siempre había evitado el mal, pero ahora el mal...

Se había abalanzado sobre él y lo había envuelto en un abrazo asfixiante.

Ahora él, su padre, los hermanos de su padre y toda la familia Carafa estaban al borde de la desgracia, de la condenación y de la infamia.

El cardenal camarlengo llamó ceremoniosamente por tercera vez: «¿Johannes Petrus Carafa?». Al no recibir respuesta, tomó el martillo de plata del cofre que había traído Alfonso Carafa y golpeó con él tres veces la frente del difunto, como quien llama a una puerta sabiendo que no hay nadie en casa.

Uno. Dos. Tres.

El número de las personas divinas y, por una coincidencia ciertamente diabólica, también de las palabras contenidas en su nombre.

Johannes. Petrus. Carafa.

La larga noche había caído sobre aquel cuerpo maldito.

Mientras suspiraba de dolor y sacudía la cabeza, el camarlengo Santa Fiora se alegraba en secreto de la muerte del hombre que se había atrevido a hacer que lo arrestaran y encarcelaran en el castillo de Sant'Angelo, acusado de conspirar a favor de los españoles.

Tres semanas en prisión, de la misma manera que un criminal común.

Se volvió hacia el pequeño grupo de cardenales, rojos y gruesos como una red llena de cabrachos. Intentó encontrar la mirada de Carlo Carafa, el sobrino del cardenal. Ese libertino había sido exiliado por el papa siete meses antes, en un gesto falso y tardío que no había reparado ningún daño. Y ahora había vuelto al Vaticano para participar en los funerales de su tío y en el cónclave que seguiría a continuación, con la esperanza de salvarse a sí mismo y a su familia de la catástrofe. Se había instalado en el apartamento de los Borgia, ilusionado porque estaba de nuevo cabalgando en el poder.

Santa Fiora no lo vio, se contentó con imaginarlo consternado, intentando tragar el bolo ácido de la desgracia, y se juró que no le permitiría seguir haciendo daño en la Iglesia y en el mundo.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 21 23/2/23 14:09

Cuando se sacudió esos pensamientos, todas las miradas estaban puestas en él. Levantó la mano y mostró el mazo. Sin lograr ocultar la sombra de una mueca, anunció con voz solemne:

–*Vere Papa mortuus est.*

El papa estaba muerto.

De verdad.

Cuando los cardenales rompían el silencio empezaba el período de sede vacante, comenzaba el primer minuto de los nueve días de luto conocidos como novendiales, al que seguirían los funerales del pontífice y, Dios mediante, la apertura del cónclave en el que él sería elector.

Lo sería para complacer al pueblo romano, que ya se amotinaba y cometía todo tipo de delitos. Se anunciaba un malestar aún mayor para los días venideros.

Ese papa y su familia no eran queridos por el pueblo, todo el mundo lo sabía. Y entonces llegó agosto. No todos los años la curia pontificia se quedaba en Roma durante el verano, cuando la ciudad se volvía sofocante y el poco aire que se podía extraer del árido cielo era un presagio de peste y malaria.

Sí, habría levantamientos tan grandes que dejarían su huella en la historia.

El cardenal Sforza di Santa Fiora se apretó la punta de su larga barba con el puño y miró la ventana estrellada. Ya había filtrado la noticia. Sería tolerante con los alborotadores, especialmente con los que habían hecho un grave daño a la memoria del papa Carafa. No movería un dedo para restablecer el orden en la ciudad.

La confusión llegó entonces en el momento más oportuno, cuando en las oscuras noches de Roma se producían al mismo tiempo asesinatos sin precedentes y apariciones de ángeles.

Nadie debía enterarse de estos hechos antes de que los investigaran.

Había que encontrar a los autores lo antes posible o...

La causa.

Sea como fuere, era necesario evitar más rumores de que las criaturas aladas se estaban manifestando justo al morir el papa. Podría tratarse de una señal del cielo, un mensaje divino.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 22 23/2/23 14:09

Lo único que hacía falta era la burla de la inesperada santificación de ese canalla.

¿Por qué no había noticias de ángeles que hubieran expresado palabras de condena contra el pontificado de Carafa y los crímenes de sus sobrinos?

Pero, entonces, ¿eran ángeles de verdad, como afirmaba el fraile Arquez? ¿O simplemente alguien estaba planeando un engaño a gran escala para burlarse de la Iglesia? Tal vez los luteranos. Sí, claro, ¿por qué no? Se habrían beneficiado en gran medida, sobre todo en un momento delicado como ese.

«El poder está ahora en mis manos», pensó el camarlengo, sintiendo que la frente se le helaba con un sudor frío. Tenía que encontrar respuestas.

Y antes de que empezara el cónclave.

No es que tuviera esperanzas de convertirse en papa, pero entrar en la Capilla Sixtina y presentarse ante los demás cardenales sin haber resuelto esos crímenes y sin haber explicado las apariciones era inconcebible.

La cara y el honor eran indispensables en un cónclave, no podía permitirse el lujo de perderlos ahora.

Una mano pesada se apoyó en su hombro cubierto de púrpura interrumpiendo el flujo de pensamientos.

–Guido, ¿te sientes bien?

De repente, Santa Fiora se vio asaltado por la cháchara cardenalicia que se agitaba a su alrededor, por los efluvios del incienso y de las flores, de las aguas perfumadas, del sudor y de los ungüentos malolientes.

–Gracias, estoy bien –respondió. Era el cardenal Alfonso Carafa–. Solo estoy muy apenado –le dijo–. Le doy de nuevo mi más sentido pésame.

Alfonso asintió y se alejó con la cabeza inclinada, secándose las lágrimas de las mejillas.

Santa Fiora se quitó el tricornio púrpura de la cabeza sudorosa y lo utilizó como abanico para ventilarse la cara. Y en ese mismo momento una magnífica idea le pasó por la mente. Un último despecho para el papa.

Atravesado por un escalofrío, levantó una mano y estalló: «¡Silencio, por favor!».

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 23 23/2/23 14:09

Uno a uno, como las cigarras por la noche, fueron callando los cardenales.

–Dados los graves disturbios que se están produciendo –atacó Santa Fiora– y en previsión de disturbios aún peores, tengo motivos para temer por la seguridad del cuerpo del santo padre. Creo, por tanto, que es necesario ponerlo a salvo hasta que las aguas de la ciudad se calmen. Todos sabemos que el fallecido era tan querido por nosotros como odiado por ahí.

Murmullos.

La mayoría asentía.

–Tus temores son también los nuestros –dijo el joven Alfonso Carafa–. ¿Qué sugieres que hagamos?

Reprimiendo cualquier expresión de complacencia, el camarlengo respondió que, por precaución, el cuerpo de su querido tío abuelo sería colocado en la Capilla Sixtina, rodeado por guardias, y con solo los pies expuestos al beso. La puerta permanecería cerrada.

Alfonso no dijo nada.

Los demás cardenales, por su parte, empezaron a cuchichear entre ellos, preguntándose si era realmente oportuno poner al papa bajo esos frescos indecentes que siempre había odiado y querido destruir. Sin embargo, al final de las consultas no reunieron un número suficiente de seguidores y se decidió hacer como había dicho el camarlengo.

Santa Fiora se ausentó y su mirada se dirigió a los grandes ventanales del palacio sagrado, que recortaban porciones de un cielo claro y sereno, salpicado de estrellas desconocidas.

–Señor –rezó–, haz que no maten a nadie y que no aparezcan ángeles, no esta noche.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 24 23/2/23 14:09

Capítulo 4

Vicolo del Malpasso, barrio de Regola

La noche estaba moteada por el resplandor anaranjado de las hogueras y se oía un bullicio difuso, un oscuro estruendo de tambores, de gritos. Eran ecos de las batallas que estaban teniendo lugar en algún punto de la ciudad.

El niño cerró los ojos y apretó las riendas de cuero entre sus pequeños dedos.

«Soy el escudero de un gran caballero», pensaba.

Soñaba con llevar de la mano un corcel montado por un príncipe con una armadura que brillaba a la luz del sol. Y era muy importante mantener los ojos cerrados. De lo contrario, habría visto que en lugar del corcel había un asno y, en lugar del príncipe en la silla, dos grandes barriles vacíos. Y también se habría dado cuenta de que el ruido y las llamas no procedían de un campo de batalla, sino de las calles de Roma.

Los gritos desordenados de su padre, que seguía al animal incitándolo a base de maldiciones, aunque el tramo fuera cuesta abajo, le recordaban a cada momento dónde estaba y qué hacía realmente: estaba en el Vicolo del Malpasso y descendía hacia el río. Pero a estas alturas el niño estaba tan acostumbrado al trabajo y conocía tan bien la ruta que podía imaginarse estar en otro lugar e ir vestido como un escudero.

En realidad, como siempre hacían en verano, él y su padre iban al Tíber a última hora de la tarde para evitar el calor del día y mantener el agua fresca, preparada para el día siguiente, cuando al amanecer irían a venderla por todas partes, para alimentar a la familia y pagar el alquiler de la casa.

«Soy el escudero del rey y me convertiré en caballero».

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 25 23/2/23 14:09

Las espadas se arremolinaban en su imaginación y las imágenes de vistosos torneos se llenaban de jóvenes damiselas, hermosas como ángeles, pero sin alas, que acababan de brotar de la mente de Dios.

–Esperemos que siga haciendo este calor espantoso –dijo su padre sollozando mientras avanzaba con el vino chapoteándole en las tripas–. Bendito sea este maldito calor.

–¿Cómo puede ser bendito si es maldito?

–Cuando crezcas lo entenderás, hijo mío.

El niño no entendía todas las frases extrañas que soltaba el padre de vez en cuando. Pero sí sabía por qué debían esperar que hiciera mucho calor: la gente bebía más agua y podían guardar algo de dinero que les vendría bien en invierno.

Los peores años, solía decir el aguador adulto, eran aquellos en los que la temporada de verano era fresca, y peor aún si era lluviosa.

–¿Sabes, Ugo? Ese es mi problema, mi condena.

–¿El vino, padre?

–¿Cómo te atreves, pequeño bastardo? –resopló, fingiendo una pizca de enfado–. Mi condena –continuó, haciendo una mueca de dolor por el hipo– es tener una constitución física que soporta mal el calor del verano. Me pesan el corazón y las piernas, dormir poco y mal me nubla la cabeza, ¡y precisamente en los meses en que tengo que trabajar más! Mi padre también lo sufrió, ¿sabes? Y el padre de mi padre. Todos eran aguadores como yo. Y como tú.

–Lo sé, padre. –«Yo soy escudero...», pensó–. A mí me gusta el calor, padre.

–Sí, claro. Y también te gusta imaginar cosas. Pero cuando seas viejo como yo, comprenderás a qué me refiero.

–No eres viejo.

–Tengo cuarenta años. ¡Maldita sea, claro que lo soy!

–Si tú eres viejo, ¿qué es el papa?

–Muy viejo.

–Tanto que se está muriendo.

–Eso no es problema nuestro.

Ugo no respondió. Cuando su padre estaba bajo los efectos del alcohol, es decir, siempre, era mejor seguirle la corriente.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 26 23/2/23 14:09

El hombre se rio amargamente. «Este papa, a pesar de su nombre, nunca nos ha dejado vender agua en el Vaticano. Cuando aún no habías nacido, yo solía suministrar agua para beber a la curia, en verano, cuando Su Santidad salía de Roma con su comitiva».

–¿Por qué? ¿Cuál es el nombre del papa?

–Lo sabes muy bien, burro.

–Carafa –canturreó Ugo, entretenido con la facilidad con la que se impacientaba el padre.

–¡Para!

–Todo el mundo habla mal del papa que se está muriendo.

–Tú, en cambio, más vale que mantengas la boca cerrada. No son cosas que nos preocupen. Solo somos dos honestos aguadores.

«Yo soy un esc...».

El sueño caballeresco del pequeño aguador fue bruscamente interrumpido por los rugidos y gritos que llegaban del río.

A esa hora, el pequeño muelle del Malpasso era frecuentado por los aguadores que cargaban barriles de agua potable en los animales de carga, pero normalmente trabajaban en silencio.

Debía de haber pasado algo.

–Padre, ¿echamos un vistazo?

–No son cosas que nos preocupen –lo calló el hombre, pero no tardó en cambiar de idea y espoleó al burro–. ¡Arre!

Cuando llegaron al embarcadero del Malpasso, se encontraron el habitual revoltijo de chicos y hombres que, como ellos, solían ir al río tras la puesta de sol.

Pero en ese momento nadie estaba ocupado. Todos estaban alterados, agitados, y miraban el curso del río con las manos en la cabeza. De las bocas abiertas salían gritos de asombro, alguien estaba llorando.

«Dios mío –pensó el muchacho–, ¿qué ha pasado?».

Más de una vez había oído historias de personas que buscaban la muerte arrojándose a las aguas del Tíber y de cadáveres que eran recuperados, por lo que imaginó que había algo muy importante que ver. Pero no era lo suficientemente alto como para alcanzar con la mirada más allá del muro de gente que lo superaba en altura.

Su padre se había unido a los demás. Y se había quedado mirando el río, allí de pie, pronunciando palabras de asombro. A veces, una

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 27 23/2/23 14:09

risa inoportuna y enloquecida le subía del estómago junto con los vapores. «Un milagro –decía–, un milagro». Estaba como aturdido por un torpor inquietante, tan absorto que no reaccionaba a los tirones con los que él trataba de reanimarlo.

A Ugo le costó un poco de tiempo conseguir abrirse paso y casi había llegado al frente cuando el esfuerzo de repente se hizo inútil. Los demás cayeron de rodillas y empezaron a entonar un padrenuestro.

Y en ese momento también él pudo ver lo que pasaba.

Había un ángel de pie en medio del río, blanco, con el cuerpo iluminado, las alas plegadas le brotaban por encima de los hombros y por los costados. Permanecía inmóvil sobre la superficie del agua, sin hundirse, con los brazos extendidos, el rostro severo y radiante, vuelto hacia los aguadores que se habían detenido para admirarlo y que lo saludaban con el grito de «aleluya».

–¡Santo cielo! –decían–. Señor Jesús.

Entonces el ángel desplegó las alas, haciendo enmudecer a los espectadores, y profirió:

–¡Vosotros, escuchad!

Todos contuvieron la respiración y a algunos les habría gustado detener incluso los latidos de su propio corazón, para no oír nada más que la voz del ángel.

En aquel silencio de ultratumba, la criatura celestial dijo:

–El maligno se cierne sobre Roma. Se acerca el día del juicio final.

Luego desapareció de la vista, dejando a todos atónitos y en éxtasis. En una sinfonía de lágrimas.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 28 23/2/23 14:09

Capítulo 5

Piazza San Pietro, Vaticano

La ciudad dormía.

Se habían apagado incluso los últimos ecos de exultación por la muerte del papa al otro lado del Tíber.

«El pueblo es sabio», pensó Santa Fiora. El pueblo, al conocer la noticia, se había acostado sabiendo que tenía tiempo de sobra para organizarse y levantarse de gala al día siguiente y los días siguientes.

Pero ahora la paz absoluta reinaba sobre todo.

El aire era tan fresco que parecía fermentar en las fosas nasales y la garganta, y convertirse en una bebida embriagadora.

Desde hacía algunas semanas, en el Vaticano reinaba el silencio incluso durante el día, porque las imponentes y eternas obras para la construcción de la nueva Basílica de San Pedro habían tenido que someterse a otra inevitable suspensión con el empeoramiento de la enfermedad del papa.

Sin embargo, la calma de una desolada noche de verano tenía algo especial, algo mágico, para el camarlengo. Por eso le había pedido al alguacil que le acompañara a dar un paseo al aire libre, durante el cual, decía, podrían discutir con más serenidad de espíritu los delicados asuntos que se veían obligados a tratar con tanta urgencia.

–Entonces, ¿ha vuelto a ocurrir?

Leccacorvo se atusó el bigote y carraspeó antes de hablar. La emoción de encontrarse con un prelado tan poderoso le había secado la garganta y le había humedecido las palmas de las manos.

–Reverendísimo, desgraciadamente he encontrado a otro. Y con este tenemos cuatro –dijo.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 29 23/2/23 14:09

–¿Lo ha visto mucha gente?

–No podría decirlo. Estaba oscuro. En ese momento solo estábamos los esbirros, que nos ocupábamos de las rondas habituales.

–¿Lo conocía alguien?

–Ninguno de nosotros lo reconoció. Este también quedó en muy mal estado. Y no es fácil conciliar su exigencia de secreto con encontrar a alguien que pueda identificar esos cadáveres. Tendría que convocar a un montón de gente.

–Por piedad. No se debe saber –reiteró Santa Fiora–. Si podemos darles a esos pobres un nombre y un apellido, devolveremos los cuerpos a las familias sin explicaciones y les ordenaremos que guarden el secreto.

Clavó la mirada en el palillo que sobresalía de la boca del alguacil, pero sus ojos estaban muy lejos.

–A este respecto, reverendísimo, aún no hemos descubierto los nombres de las dos víctimas anteriores de este «demonio del infierno». –Leccacorvo extendió los brazos en un gesto desconsolado–. ¿Qué puedo hacer?

–Debemos poner remedio a esta monstruosidad. –El camarlengo ocultó su expresión de horror entre las manos–. Debería haber escuchado a fray Arquez –dijo al cabo de un rato, volviéndose hacia las estrellas.

Leccacorvo no sabía a quién y a qué se refería y evitó preguntar, para no dar la impresión de aprovecharse de tanto honor.

Y casi se le ocurrió que aquellos brutales asesinatos y los extraños prodigios eran una oportunidad para él. En cuanto se terminasen, terminaría también su momento de gloria.

–Si no puedo entender lo que ocurre y le entrego este monstruo al verdugo, me volveré loco.

–Todos debemos mantener la calma.

–Claro, reverendísimo.

–Al menos, habéis podido identificar a la primera víctima de este torturador.

–En ese caso fue fácil: pasaba por allí una mujer que lo reconoció. Investigué más a fondo. Parece que, en realidad, era un tal Daniele da Lucca. Un boticario judío, un mago y astrólogo... algo

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 30 23/2/23 14:09

así. En definitiva, era alguien a quien prestar atención. La mujer que lo reconoció afirmó que este mago le había vendido un polvo milagroso y que era capaz de hacer cosas maravillosas, que olía a santo y un sinfín de cosas más.

Un escalofrío de miedo recorrió a Santa Fiora de pies a cabeza.

–Infórmame del último ángel.

–¿Cree que lo es? Un verdadero milagro, quiero decir. ¿No será más bien una broma de Satanás?

–¿Qué ha sucedido?

–Esta vez lo ha visto mucha gente: aguadores y pescadores que se encontraban allí a esa hora.

–¿Qué dicen exactamente?

–Todos han visto a un ángel alado que estaba sobre la superficie del Tíber. Al parecer habló y dijo algo acerca del juicio inminente.

El camarlengo entornó los ojos y por un momento, ante aquel exceso de rareza y de muerte, se tambaleó sujetándose la frente.

–¿Estás seguro?

–De ahí es de donde vengo. Mis hombres están vigilando la calle para mantener alejados a los curiosos. Afortunadamente, estas monstruosidades ocurren de noche.

Por primera vez en su vida, el cardenal pensó en los ángeles, en todos los ángeles, con desconcierto y una enorme sensación de horror.

¿Qué estaba pasando?

¿Es que Dios se había vuelto loco?

Tenía que encontrar a alguien que pudiera llevar a cabo una investigación y encontrar el libro del que le había hablado el fraile Arquez. Según el dominico, era un códice maldito que había que destruir. Un libro peligroso que contenía secretos revelados a los hombres por los ángeles. Santa Fiora negó con la cabeza.

¿Tenía que creer realmente a Arquez?

Pensaba que a lo mejor un día se arrepentiría, pero ahora se estaba arrepintiendo de no haberlo hecho antes.

–¿Habéis encontrado a alguien que pueda daros apoyo en la investigación?

Leccacorvo se aclaró la garganta, se agarró el bigote con las yemas

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 31 23/2/23 14:09

de los dedos mientras con la otra mano golpeaba su sombrero contra la pierna. Normalmente nunca dudaba delante de nadie y no sabía lo que era el desconcierto; él, que más de una vez había tenido el valor de enfrentarse con sus propias manos a los peores criminales de la tierra (con la excusa de una peregrinación, ¡todos se citaban en Roma!). Pero un camarlengo era un camarlengo. Es más, lo era en sede vacante, cuando mandaba sobre todos y sobre todo.

–Reverendísimo –vaciló–, me pidió que identificara a un hombre fuerte, capaz y sagaz, conocedor de libros antiguos e impresos, culto, pero también capaz de pelear. Y no debe ser un hombre religioso. –Suspiró, sacudiendo la cabeza–. Por favor, perdóneme, pero a pesar de mis esfuerzos, no pude encontrar a nadie con tales calificaciones.

–Entiendo.

–A nadie, excepto yo.

–Te gusta leer...

–Claro.

–Pero no entiendes de libros.

–Bueno...

Giusto Leccacorvo nunca había estado en tantos problemas en su vida. No podía decirle al camarlengo que no sabía leer.

Como tampoco podía confesarle que no tenía nombres que sugerirle.

–Realmente, reverendísimo, ¿cree que este asesino derrama tanta sangre por culpa de un libro maldito?

–Como te gusta leer, tal vez te puedes ocupar tú solo.

–Por supuesto, reverendísimo –Leccacorvo apretó el puño con rabia, maldiciendo el día en que había dicho aquella mentira por primera vez–. Sin embargo, su idea de que me acompañe un experto en la investigación me parece bien.

El camarlengo sonrió con un gruñido y dijo:

–Puedes decirlo en voz alta.

–En la práctica, sin embargo, no hay nadie mejor que yo para llevar a cabo esta investigación –dijo Leccacorvo, con la cabeza bien alta–. Me considera inadecuado para las circunstancias. Tiene razón: no soy un erudito, solo soy un alguacil. Pero, entonces,

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 32 23/2/23 14:09

¿dónde está este conocedor de libros con las cualidades de un humanista sensible y docto combinadas con las de un cazarrecompensas? ¿Existe ese individuo?

–Sí –dijo Santa Fiora dirigiéndole una sonrisa tranquila–. Existe una persona que es la adecuada para ti.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 33 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 34 23/2/23 14:09

SÁBADO, 19 DE AGOSTO

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 35 23/2/23 14:09

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 36 23/2/23 14:09

Capítulo 6

Castillo de Sant'Angelo, Vaticano

–¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrado?

Sin volverse, el otro prisionero respondió:

–Cuarenta días.

–¿Con qué condena?

–La peor.

El hombre que, con voz ronca y aguda, había formulado las preguntas dio una patada a la pared. «Me colgarán mucho antes. ¡Es un milagro que no me hayan cortado ya las manos y me hayan colgado de una horca!» gritó, y lanzó otra mirada llena de odio a la puertecita a la que acababa de dejar de insultar y dar puñetazos y patadas. Gritó con todas sus fuerzas: «¡Yo no he robado nada! ¿Ni siquiera puedes meter las narices en esta maldita ciudad?». Luego, lentamente, con suspiros furiosos, se calmó.

–Perdóname por presentarme así. No es propio de mí, créeme. –Extendió una mano abierta–. Me llamo Baldesar Accoramboni.

El otro prisionero se resistía a apartar la mirada de las estrellas que podía contar a través de la pequeña rejilla del techo. Pero se volvió y le devolvió el apretón de manos.

–Raphael Dardo –dijo, volviendo enseguida a mirar el cielo, esperando los primeros destellos del alba entre las barras oscuras.

–¿Por qué crimen te arrestaron, messer Raphael?

–Libros.

–¿Y desde cuándo se han vuelto peligrosos los libros?

–Lo son de siempre.

–¡Maldición, entonces hice bien en alejarme de ellos!

–Solo quien no lee libros puede pensar que está bien tenerlos lejos.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 37 23/2/23 14:09

El otro se rascó la cabeza y emitió un gruñido dubitativo. Reflexionó largo rato y luego dijo:

–Me das que pensar. Serás un buen compañero de celda.

–Me alegro mucho.

–Pero, bueno, ¿por qué te han condenado a muerte?

–Me encontraron en posesión de una biblia que contenía errores tipográficos.

Baldesar se echó hacia atrás y soltó una carcajada. Una risa sincera que contrastaba con todo: con su situación, con el lugar, con la noche.

–¿Me tomas el pelo?

–No.

–¿Una biblia? ¿Acaso eres cura?

–No.

–Maldita sea. ¡Malditos curas! Por cierto, ¿has oído hablar de las apariciones de ángeles?

–No.

–¿No te lo ha contado nadie?

–Eres la primera persona con la que hablo desde hace cuarenta días.

–Bueno, a mí no me ha pasado, pero mucha gente jura que ha visto ángeles aquí en Roma. Parece que ocurre con frecuencia. ¿Qué querrá decirnos Dios? Esperemos que puedan ayudarme.

«¿Apariciones de ángeles en Roma? Nada nuevo», pensó Raphael.

–Y a ti, en cambio, Baldesar, ¿qué te ha traído a la cárcel?

–El amor –respondió el recién llegado, que parecía negar la afirmación con un movimiento desesperado de la cabeza. Una masa compacta de pelo oscuro y grasiento se desplomó sobre su frente mientras sus hombros subían y bajaban entre amargas carcajadas–. El amor por el dinero.

Raphael dejó las estrellas y se volvió hacia él y dijo:

–Verás que te liberarán pronto.

–Espero que tenga razón, messer. Se está desatando un infierno ahí fuera, esta ciudad se subleva; asesinos, violadores... Todo el mundo se está saliendo con la suya, excepto yo.

–¿Has robado a un rico?

–¿Qué pregunta es esa?

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 38 23/2/23 14:09

–Robar a los ricos no es un pecado.

–Pero es un delito castigado más severamente.

–En el Estado de la Iglesia, esto es todo un disparate.

–Lo es. Sin embargo, esta vez yo no he podido conseguir nada. Pero, sí, quería robarle a un hombre muy rico, un banquero genovés llamado Pinelli.

–¿Francesco Pinelli?

–Lo has adivinado perfectamente.

–Lo conozco.

–Ah, lo siento.

–No tienes nada que temer de mí. Me reuní con él por negocios en un par de ocasiones.

A Baldesar un destello le cruzó los ojos.

–Solo le tengo miedo a él.

–¿A él?

El dedo de Baldesar señaló la bóveda de piedra negra de la celda.

–A Dios.

Raphael apoyó un codo en el suelo y estiró las piernas sobre el mugriento colchón de paja, cubiertas con unos andrajosos calzones de algodón y unas botas de cabritilla mugrientas, pero aún en buen estado.

–¿Tienes fe?

–Soy un ladrón de bancos, messer Raphael, no puedo tener fe.

–Todos pueden.

–Solo podría creer que voy a ir al infierno. ¿Qué fe sería? Prefiero fingir que no ha pasado nada.

–Ya –convino Raphael–, tal vez es lo que hago yo también.

–Eso no era necesario. Mañana, en la Piazza del Popolo, los florentinos probarán suerte en el juego del *calcio*[1]. Contaba con ver el espectáculo. –Baldesar estaba a punto de agitarse de nuevo, pero consiguió hacer unos pocos gruñidos que fueron suficientes–. ¿A ti te gusta?

–¿El juego del *calcio*? No sé... Es muy popular en Florencia, pero no conozco las reglas.

[1] El *calcio florentino* es una forma primitiva del fútbol originaria del siglo XVI en Italia (N. del T.).

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 39 23/2/23 14:09

–¿Las reglas? Eso es la sal del asunto. –El ladrón empezó a describirlas y a gesticular como si fuera un dios olímpico que se hubiese propuesto disponer a los jugadores sobre el terreno de juego–: Pues bien, hay dos equipos contrarios de veinte, o de treinta, o de cuarenta jugadores, según el tamaño del campo. La formación más utilizada es la de veintisiete jugadores por equipo: quince se llaman corredores y juegan hacia delante, cinco son aturdidores y se sitúan en el centro, tres son dadores hacia delante y juegan en tres cuartos del campo, cuatro son dadores hacia detrás y defienden la portería. Hay seis árbitros y controlan el juego desde una tribuna. Está permitido golpear el balón con los pies y también cogerlo con las manos, con las que, sin embargo, no está permitido lanzarlo. El objetivo de los equipos es introducir el balón en la portería contraria, que está custodiada por el único jugador que puede utilizar las manos. Sencillo, ¿no? Bueno, deberías venir conmigo alguna vez. Te lo explicaría todo y te divertirías mucho, créeme.

Raphael no podía mostrar entusiasmo. Pensar en la alegría, la felicidad, la libertad, el movimiento físico solo aumentaba la sensación de opresión generada por la estrecha celda.

El recién llegado intuyó que era mejor volver al tema original:

–Pero dime, más bien, ¿qué tenía de malo esa biblia?

–Los mandamientos.

–¡Ojalá me acordara de alguno! –exclamó Baldesar, y luego chasqueó los dedos–. Ah, sí: ¡no robes!

Se rio.

Raphael, sin embargo, no podría haber olvidado los mandamientos, aunque hubiera intentado quitárselos de la cabeza con la hoja de un cuchillo.

Eran la razón por la que estaba en prisión, aunque no por haber transgredido ninguno de ellos. Su delito consistía en haber comprado unos libros impresos que, en cambio, debería haber denunciado a las autoridades eclesiásticas, para que fueran quemados en la plaza pública. Ediciones tan malditas como raras. Uno de ellos en particular. Los inquisidores que habían asaltado su casa la habían llamado la Biblia del Diablo. Llevaban años buscando ese ejemplar, uno de los pocos ejemplares que quedaban en circu-

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 40 23/2/23 14:09

lación, tal vez el último. Había sido impreso en Venecia por un editor desconocido y no tenía título en la cubierta (unos hechos que en sí mismos implicaban prohibición) y, sobre todo, contenía un gravísimo error de imprenta: faltaba la palabra «no» en los mandamientos.

El cajista de la imprenta siempre había estado convencido de que había insertado esa secuencia de dos letras cuando compuso la página con los caracteres para la impresión y el corrector de pruebas había afirmado que, cuando leyó el texto, las muescas del «no» estaban todas en su sitio; pero, por alguna extraña razón, faltaba la palabra. Así, casi todos los mandamientos se habían vuelto del revés: «tendrás dioses ajenos delante de mí», «tomarás el nombre de Dios en vano», «matarás», «cometerás actos impuros», «robarás», «levantarás falso testimonio», «codiciarás a la mujer de otro», «codiciarás la propiedad de otro».

–¿Y por qué te interesaba tanto esa maldita biblia? ¿Cómo llegó a tus manos? –preguntó Baldesar, que empezaba a preguntarse si aquel extraño individuo no habría perdido toda la razón por completo.

–Solo quería salvarla de la hoguera. No sabía que contenía esos errores.

–Me temo que has perdido la cabeza.

Raphael sonrió cuando el disco lunar casi completo apareció entre los barrotes cerca del techo.

–Háblame de ti.

–¿De mí? ¿Qué quieres que te diga?

–¿Siempre has sido ladrón de bancos?

–Antes era un hombre de mar. Y nunca he leído un libro entero, solo los mapas necesarios para la navegación, pero sé escribir y hacer cuentas. Sin embargo, no soy tan burro como tú –dijo, y luego apoyó la espalda en la pared y bostezó–. Me encantaría tomarme un trago fuerte y despertarme mañana por la mañana en una soleada playa de las Canarias, abrazado por un par de jóvenes salvajes.

–¿Has estado allí?

–Claro, hace muchos años.

–¿Por qué no te quedaste?

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 41 23/2/23 14:09

–Me ganaba la vida dirigiendo los barcos por mar, messere. Marcharse era inevitable.

–Entonces eras capitán.

–Puedes hablar claro. Transportaba mercancías y esclavos para la corona española. –Escupió al suelo produciendo un siseo y sacudió la cabeza–. Sé lo que estás pensando: ¿por qué me convertí en ladrón? Se trata de una larga historia...

–Aquí tenemos tiempo.

–Fui arrestado acusado de ser un espía a sueldo del virrey... de Nápoles. Me escabullí, quién sabe cómo. –Baldesar negó con la cabeza como si quisiera sacarse los malos recuerdos–. Háblame de ti, messer Dardo. ¿Dónde naciste?

–No lo sé, pero crecí en Roma. Me adoptó una familia de artistas.

Baldesar dejó escapar un silbido de admiración.

–¡Artistas! ¿Y tú también te convertiste en artista?

–Me habría gustado, pero no tenía talento.

–Robar también es un arte. Ahí no se pueden hacer trampas: si no eres capaz, vas al patíbulo. Y tampoco se pueden hacer trampas en el mar. El mar es... terrible, aterrador. Pero a veces muestra toda su belleza. Y los colores... ay, los colores del océano... –Baldesar Accoramboni estaba perdido en una ensoñación–. ¿Has viajado?

–Viví en Ámsterdam un tiempo.

–¿A qué te dedicabas?

–Comerciaba con obras de arte.

–¿Y qué otras ciudades has visitado?

–Varias.

–¿Hay alguna que te haya gustado en particular?

–No nos faltará tiempo para viajar con los recuerdos, Baldesar.

–Depende.

–¿De qué?

–Si el papa estira la pata, el pueblo asalta las cárceles de Roma y las abre.

–¿El papa se está muriendo?

–Pero ¿cómo? ¿Tampoco te has enterado?

–No. –Suspiró Raphael.

–¿A qué hora se come aquí?

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 42 23/2/23 14:09

Raphael contestó que allí no se comía, que apenas los alimentaban, poco más. Luego se ausentó, concentrándose de nuevo en la lentitud de la luna, mientras Baldesar seguía hablando de lo mucho que echaba de menos la vida en alta mar, los puertos que había tocado, las lenguas desconocidas que habían llegado a sus oídos, los cofres que había desencajado.

¿Por qué le importaba tanto hablar de sí mismo?

«El deseo de existir incluso en los recuerdos de los demás –pensó Raphael–. El cielo de la fama, a falta de un verdadero paraíso. Y de mí, ¿quién se acordará?».

¿Quién llevaría flores frescas y cálidas lágrimas a su tumba? ¿Quién contaría su historia?

De cuando, siendo muy joven, había sido anunciado al duque de Florencia como un fino conocedor de obras de arte y había comenzado a servirle como agente procurándole artistas y obras, ganándose su confianza día tras día, hasta el punto de ser educado, entrenado y luego empleado en misiones de extrema delicadeza para el Estado. Ya no era un agente de arte, sino un agente secreto. El de mayor confianza del príncipe.

Sí, a lo mejor alguien se acordaría de esto un día u otro.

Pero ¿quién contaría toda la historia desde el principio, empezando por cuando, hace treinta años, un crío sin nombre ni apellido, todavía embadurnado de humores, fue abandonado en el umbral de una casa de misericordia?

Nunca había tenido que lamentar su miserable y misterioso nacimiento.

Siempre había llamado «padre» y «madre» a los que no le habían engendrado y «hermanos» a los que en realidad no lo eran.

Pero ahora nadie en la familia podía conservar y transmitir el recuerdo de todo esto. Aquellos que no estaban muertos le habían perdido el rastro hacía mucho tiempo.

Las desgracias habían comenzado a causa de las obras de arte de Leonardo, el hermano al que Raphael estaba más unido. Había pintado cuadros heréticos y no se había doblegado a abjurar, o al menos a aceptar cambiar el título de sus obras, consideradas blasfemas. Por ello había sido arrestado por el Santo Oficio, proyectando así una oscura sombra sobre toda la familia.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 43 23/2/23 14:09

Más tarde se descubrió que Leonardo incluso formaba parte de una secta herética, por lo que fue condenado a morir en la hoguera.

Si, de lo que había sucedido después, Raphael quería que el mundo se olvidara, le habría encantado que el eco de aquellos acontecimientos inenarrables se disipara en la inmensidad de la nada. Aún sentía sus manos mojadas con la sangre de su hermano. La Inquisición no lo había matado, lo hizo él. Sí, él. Sin querer, sin darse cuenta. Esa era la cruda realidad.

Un pensamiento, un sentimiento de culpa, insoportable, incluso después de cuatro años.

Solo tenía que cerrar los ojos y volver a ver lo que había hecho sin querer para aceptar de buen grado el pensamiento de la horca.

«No tienes ninguna culpa, Raphael. Y lo sabes. Ninguna».

Pero sí, después de todo, no había recuerdo que mereciera sobrevivirle. El cuerpo de Raphael Dardo podría fácilmente hundirse en la tierra desnuda y ser olvidado por todos, para siempre. Sin flores ni lágrimas.

Ariel Colorni, su mejor amigo, el único capaz de poner por escrito su biografía, podía tranquilamente ahorrarse la molestia.

Dirigió una mirada desdeñosa a la pequeña ventana con barrotes. En ese momento, amanecía en el mundo de los libres. Y, como la noche, también los pensamientos melancólicos de Raphael eran barridos: un guardia giraba la llave en el ojo de la cerradura. La puerta se estaba abriendo.

¿Había llegado el momento de encontrarse con el verdugo?

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 44 23/2/23 14:09

Capítulo 7

–¡En pie! –El guardia le estampó la bota en la pierna–. ¿Me oyes? ¡Levántate! ¡Rápido!

Raphael ganó la posición vertical lentamente, conteniendo el deseo de intentar sacar la espada de la vaina y atravesarlo.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–El alguacil quiere verte –respondió el esbirro, retorciéndose el bigote.

–¿Y a mí no? –protestó Baldesar, que se vio obligado a observar la escena a través de las piernas de otro guardia–. ¿Qué pasa conmigo? ¿Me vais a dejar aquí solo?

Raphael coló un «buena suerte» en la pequeña puerta antes de que se cerrara.

–Buena suerte a ti también –respondió el ladrón desde el interior–. Cuando quieras, y siempre que quieras, ¡me encontrarás en el infierno!

Su voz los acompañó durante un rato, luego se perdió incluso el último eco entre las piedras del castillo.

–¿Dónde me lleváis? –preguntó Raphael.

–Cállate y camina –fue la respuesta de uno de los esbirros.

Los ojos debilitados por la oscuridad perpetua de la celda tardaron unos minutos en hacer frente a la potencia del amanecer de verano, al sol bajo y cegador. Cuando Raphael pudo mantenerlos abiertos sin sentir dolor, se volvió para mirar el castillo, con el arcángel Miguel en cuerpo de mármol y alas de bronce, que se elevaba sobre la torre, envainando su espada.

–Camina –le advirtió también el esbirro que iba a su derecha.

Deslumbrado por el sol sobre el puente Elio, Raphael continuó, mirando hacia abajo. Las cadenas le atenazaban las muñecas, la calzada fluía velozmente bajo sus pies inseguros, el Tíber brillaba a

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 45 23/2/23 14:09

ambos lados, surcado por una multitud de embarcaciones de vela todas iguales, que recordaban en su forma a los barcos vikingos, con sus proas y popas enroscadas hacia arriba, y también de pequeñas y medianas embarcaciones cargadas de materias primas o bienes de consumo: madera, hierro, materiales de construcción, pieles, telas, papel, especias, cera cruda. Se dirigían a los puertos de Ripetta o Ripa Grande, donde las mercancías, para entrar en la ciudad y ser revendidas a los minoristas y artesanos romanos, estaban sujetas al pago de la gabela: el seis por ciento del valor, dinero que vigilaban los contratistas y funcionarios de aduanas.

Cuando Raphael llegó al otro lado del río, a la sombra de las casas y edificios del barrio de Ponte, dejaron de dolerle los ojos. Y notó de inmediato un bullicio inusual, una sensación generalizada de miedo que distorsionaba los rostros de los transeúntes.

Los puestos estaban todavía cerrados y parecía que iban a permanecer cerrados durante mucho tiempo. Así como las tiendas de sastres, tundidores, zapateros, merceros. No había la actividad normal que siempre precedía a la apertura.

En cambio, había por todas partes una agitación inusual de gente saliendo de una casa y entrando en otra, como si trajeran noticias muy importantes.

Se dirigían hacia Campo de' Fiori.

Un poco más adelante, la noticia agitaba a un corrillo de hombres en la esquina de la calle. «El papa ha muerto», decían. Otro afirmó que así era desde hacía días y que la noticia se había mantenido en secreto por temor a un gran levantamiento popular.

«Y esto –pensó Raphael– no es ciertamente un temor infundado». Los romanos odiaban a los Carafa tanto como él.

Los romanos ansiaban vengarse.

Se sentían humillados por la intransigencia y el rigor de la Inquisición. Agotados por hambrunas y demasiados impuestos pagados para alimentar guerras suicidas e indignas del Estado de la Iglesia. E indignados por un papa que había hecho cardenal a un soldado, un asesino e infame como don Carlo, su sobrino.

El nombre «Carafa» estaba ahora tan cargado de significados negativos que los vendedores de vasos y garrafas habían empeza-

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 46 23/2/23 14:09

do desde hacía algunos años a ofrecer sus mercancías al grito de «¡Vasos y alcuzas!», para no arruinar su negocio.

Como si alguien quisiera confirmar sus pensamientos, un grito atronó entre las casas: «¡Malditos sean Carafa y toda su familia!».

Los dos esbirros que tenía detrás empezaron a inquietarse.

–Más rápido –ordenaron.

Raphael obedeció e hizo todo lo que pudo para que sus desacostumbradas piernas funcionaran lo mejor posible, a pesar de que siempre había hecho ejercicios físicos durante su encarcelamiento.

Todo aquel ajetreo le parecía sospechoso. La tensión era palpable. Parecía como si estuvieran preparando horcas, afilando los cuchillos, encendiendo las antorchas.

La situación inquietaba cada vez más a los dos esbirros que iban detrás de Raphael. Miraban constantemente hacia las ventanas, de las que podía caer cualquier cosa en cualquier momento.

Raphael no hizo ningún comentario y siguió saboreando el aire, dejando que su mirada vagara del cielo despejado a las sombras que se arrastraban por la tierra cálida, escuchando el susurro del sol sobre su piel. Tras cuarenta días de cautiverio, el mundo se manifestaba en todo su esplendor.

Le habían sacado de la celda sin explicación alguna. Aún tenía las manos encadenadas. Y soñaba con un baño caliente y la mano experta de un barbero, con sus mejillas afeitadas y masajeadas con el paño tibio empapado en decocción de malva y con el pelo color fuego libre de piojos.

Y como estaba encadenado a causa de Carafa –de su *Índice de libros prohibidos* y su querida Santa Inquisición–, los rumores que anunciaban su muerte y los gritos de desprecio lanzados desde las ventanas llegaban a sus oídos como una dulce melodía.

–¿Cuánto falta? –preguntó.

–Estate callado y camina.

Sí, caminar también le brindaba una sensación maravillosa, nunca había sido tan agradable.

Cada paso lo acercaba más al Paraíso.

Era como volver a nacer.

Y al cabo de un rato el pensamiento «Huye, no vuelvas a ese agujero» empezó a hacerse insistente.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 47 23/2/23 14:09

Lanzó una rápida mirada a izquierda y derecha. Los esbirros que le flanqueaban eran corpulentos, iban armados con espadas, dagas y trabucos. Quizás había habido un momento en el que podría haberse aventurado e incluso tener ventaja, pero ahora...

–¿Tanto tiempo?

–Cállate.

–¿Adónde nos dirigimos?

–Si no te callas, te meteré el trabuco por el culo, a ver qué se siente cuando dispare.

Aquella fue la carcajada más breve de sus vidas.

–¡Muerte a los siervos de los Carafa!

–¡Ahí están!

–¡Cojámosles!

No se detuvieron a escuchar para entender de dónde provenían las amenazas.

–¡Más rápido, más rápido!

Pero en el instante en que se quitaron los arcabuces del hombro para cargarlos, un objeto lanzado desde una ventana alcanzó en la cabeza a uno de los dos.

El hombre cayó como fulminado y se desplomó en el suelo con un ruido sordo e inequívoco. El otro ni siquiera se agachó para ver si estaba muerto o gravemente herido y huyó corriendo.

Raphael dudó unos instantes y luego se abalanzó como una bestia hambrienta sobre el cuerpo del esbirro. No estaba muerto. Pero una piedra le había abierto una brecha lo suficientemente amplia en el cráneo como para poder verle la materia brillante que hay debajo.

Con las muñecas emparejadas, las cadenas repiqueteando y gestos torpes, buscó las llaves. Las encontró colgando del cinturón. Pero las manos le temblaban de emoción y por la prisa. Ni siquiera podía encajar la llave en el pequeño agujero entre los dos brazaletes de hierro.

Sentía que estaba a punto de volverse loco.

¿Dónde habían ido a parar su implacable sangre fría y todas las demás habilidades que le habían llevado a convertirse en el agente secreto más remunerado del duque Cosme de Médici? Estaban

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 48 23/2/23 14:09

pálidas y putrefactas como todo lo demás en los estrechos confines de una celda sin luz.

Desesperado, se echó a reír; una risa absurda e inútil mezclada con llanto.

–¡Eh, tú!

Raphael levantó la cabeza, con la vista nublada por las lágrimas. Solo percibió la silueta de un hombre y la del hacha que sostenía en el puño.

NC El cazador de libros prohibidos PRINT.indd 49 23/2/23 14:09